

INTERNACIONALIDAD Y LOCALIZACIÓN DE LA CRÍTICA LITERARIA  
EN LA REVISTA *BRECHA* (1956-1962)

Carlos Francisco Monge  
Universidad Nacional

EXPLICACIÓN PRELIMINAR

En el contexto en el que se inserta<sup>1</sup>, el presente estudio se concentra en describir algunos factores que sobresalen de la trayectoria de la revista *Brecha*, en relación con la actividad literaria de su período en Costa Rica, así como en las proyecciones y efectos en la que entonces era la nueva literatura, simultáneamente nacida por una generación en plena actividad y por otra en cierne. En breve, se propone: (1) examinar las tendencias de la crítica literaria, como mediadora en la circulación de la literatura costarricense entre 1956 y 1962; (2) analizar las discusiones conceptuales sobre el discurso literario (géneros, variedades, función social, movimientos) y otros asuntos lingüísticos relacionados; (3) considerar el proyecto y gestión de la revista en su entorno histórico y cultural costarricense.

En setiembre de 1956 nació la *Brecha*, que se definió como una revista dedicada a las artes y a las letras; además, de gestión privada, si bien siempre con los apuros financieros de otras revistas precedentes<sup>2</sup>. La fundaron Arturo Echeverría Loría y Adolfo Ortega Díaz; el primero, poeta de una generación literaria en plena actividad en Costa Rica<sup>3</sup>; el segundo, periodista nicaragüense, exiliado durante más de tres decenios en el país<sup>4</sup>. Ambos eran

---

<sup>1</sup> Este artículo —el segundo en su condición, que se suma al titulado «Los suplementos literarios del diario *La Nación*: 1960-1970»— forma parte de los resultados de la actividad del curso académico de 2024, del proyecto de investigación *ACTIVIDAD EDITORIAL Y CIRCULACIÓN DE LITERATURA(S) EN COSTA RICA* (proyecto 0001-22; segunda etapa: 2024).

<sup>2</sup> La entrega de agosto de 1959 se abre con una página elocuente, en la que sus editores dan pormenores de las dificultades económicas que ponían en riesgo la subsistencia de la empresa. Ver «Nuestro tercer año», *Brecha* III, 12 (agosto 1959): 1.

<sup>3</sup> Arturo Echeverría Loría (1909-1966), es autor de *Poesías*, *Juan Rafael Mora, el héroe y su pueblo*, *Fuego y tierra*, *Himno a la esperanza*, *Elegía a una lágrima*, todos de poesía, y de los relatos *Los pasos de la vecina*. Es póstumo el tomo *De artes y de letras*, selección de artículos de prensa.

<sup>4</sup> Adolfo Ortega Díaz (Nicaragua, 1895-San José, 1962), fue un periodista nicaragüense. En su país fue director y copropietario del diario *La Prensa*. La represión política a la que quedaron expuestas sus

## CAPÍTULO IV

entonces hombres maduros y cada cual con una actividad intelectual y literaria de consideración. Durante dos años, *Brecha* convivió con el gran periódico cultural fundado por Joaquín García Monge, *Repertorio Americano*, que cerró labores en 1958 y con *Orbe*, (1952-1968), «revista literaria ilustrada», a cargo del periodista Gustavo Adolfo Ortega. Hasta cuando pudo, *Brecha* procuró seguir el ejemplo de la notable labor de García Monge, si bien no alcanzó su notoriedad ni su longevidad. El último número de *Brecha* se publicó en marzo de 1962<sup>5</sup>, cuya andadura concluyó con el fallecimiento de Ortega Díaz.

La filiación que *Brecha* tuvo *Repertorio Americano* es todo, menos casual. Echeverría Loría colaboró en varias ocasiones en el periódico de García Monge, y en muchos aspectos el nuevo proyecto editorial adoptó sus propósitos y directrices, especialmente en materia literaria y artística. Con motivo del fallecimiento del gran mentor de generaciones que fue García Monge, *Brecha* le dedicó numerosas páginas en homenaje a su memoria. Sin embargo, Echeverría Loría y Ortega Díaz se inclinaron por darle a su revista un perfil menos ecléctico, restringido a asuntos propiamente literarios y de las artes visuales. Una de sus zonas editoriales más visibles fue la crítica literaria, materializada en ensayos, breves estudios monográficos, reseñas y numerosos recuentos y comentarios sobre problemas estéticos sobre la literatura occidental, concerniente a la primera mitad del siglo XX; es decir, hasta los propios días de la nueva revista. Fue una revista mensual cuyos ejemplares, en formato de 24 cms. de altura y 25 cm. de ancho<sup>6</sup>, ofreció en sus 28 páginas variados temas de literatura contemporánea, artes visuales, poemas, relatos y notas bibliográficas, buena parte sobre la literatura costarricense. Echeverría Loría y Ortega Díaz siempre estuvieron vinculados a la industria editorial; no solo en sus artículos previos y los de *Brecha*, Echeverría Loría ejerció influencia considerable en el impulso de la actividad editorial; lo

---

actividades lo obligaron a emigrar a Costa Rica, en condición de exiliado, hacia 1932, donde radicó hasta su muerte.

<sup>5</sup> Un estudio general sobre esta revista lo ofrece la tesis de grado de Lorena Chaves Salgado, *La revista Brecha en el contexto cultural costarricense* (San José: Universidad de Costa Rica, 1999); algunos datos aportados por su autora constituyen valiosa información que en estas páginas se han considerado, en particular las referencias a algunos diarios costarricenses que dan noticia de la entonces nueva revista de cultura.

<sup>6</sup> Este formato B4 se distinguía, en aquellos años, del tamaño tabloide, característico de varios diarios de entonces —por ejemplo, el relativamente novedoso de *La Nación*— y de gran formato mayor (berlinés), como el de *La Prensa Libre*, así como de las revistas políticas (ejemplo: *Surco*), o las académicas. El que físicamente se situase a medio camino entre las revistas de pequeño formato y el diario, no deja de ser significativo, porque *Brecha* ofrece la hibridez entre revista cultural —como lo había sido *Repertorio Americano*— y periódico mensual.

## CAPÍTULO IV

prueba el que formase parte del grupo de escritores que promovió la fundación de la Editorial Costa Rica en 1959, además de su propio sello: la Editorial L'Atelier.

Chaves Salgado se refiere al nuevo ambiente cultural que pudo haber influido en la fundación de la revista, con factores como la reactivación de las ciencias, los estudios humanísticos y la academia en general, desde la reorganización de la Universidad de Costa Rica, institución que intensificó su gestión a lo largo de la década de 1950; hubo actividad literaria en su seno, se fundó el Teatro Universitario (desde 1950) y echaron a andar varios proyectos editoriales en marcha<sup>7</sup>. Extramuros también hay muchas novedades: la citada revista *Orbe* (1952-1968), el establecimiento de la Casa del Artista (1951, Olga Espinach), además de algunas acciones del Estado costarricense por coauspiciar el amparo de revistas de cultura<sup>8</sup>. A la aparición misma de la revista, prestigiosos diarios del país como *La Nación*, *La Prensa Libre* y *La República* recibieron con beneplácito la empresa de *Brecha*, bajo un tópico común: la deplorable carencia de mejores condiciones para el desarrollo cultural en Costa Rica y el apremio que suelen afrontar desde el punto de vista financiero.

Entre esperanzas e inciertos augurios, el primer prospecto de *Brecha* expone lo esencial de las directrices trazadas, que tendrá que reevaluar conforme pasan los años. He aquí el texto completo de sus editores en la «Presentación» de 1956:

Por una de esas contradicciones inexplicables, Costa Rica es el único país de América en donde hace mucho tiempo falta un órgano de expresión a la intelectualidad. El medio ambiente se ha ido haciendo cada vez más estrecho al Arte y a las Letras, a pesar de que contamos con un magnífico núcleo de artistas, poetas y escritores. Un erróneo sentido práctico se ha ido adueñando del ámbito, hasta sumirnos en lamentable estado de enmudecimiento.

Contradicción inexplicable en el país en que desde hace muchos años se hace gala de contar con más maestros que soldados y donde la democracia y la libertad campean como producto lógico de la cultura. Paradoja increíble para quienes, ajenos a nuestra vida, contemplan desde afuera esta absurda falla en nuestro devenir de pueblo civilizado. Cuanto viajero va llegando a nuestras

---

<sup>7</sup> A ello hay que añadir el fomento y desarrollo de los estudios lingüísticos, filológicos y de historia literaria, en la entonces nueva Facultad de Filosofía y Letras, de esa institución. A este respecto, remito al estudio «La historiografía literaria», inserto en mis *Aproximaciones a las letras de Costa Rica* (Heredia: Editorial Universidad Nacional, 2021.): 17-109.

<sup>8</sup> Vid. Chaves Salgado, p. 11 y ss.

playas, extraña, asombrado, la tremenda mutilación del espíritu que significa nuestro mutismo, ya trascendental.

En los países más atrasados del Continente, aun en aquellos que padecen la ignomía [sic] de la dictadura, las minorías ilustradas y pensantes y los grupos de artistas cuentan con órganos de expresión. Solo nosotros hemos permanecido silenciosos, como si una maldición pesara sobre nuestra alma. Todas las publicaciones periódicas costarricenses no pasan de ser comerciales, y así relegamos al desprecio los brotes florecientes de las inquietudes del espíritu. La llama celeste se fue apagando entre nosotros, para dar paso al sórdido cortejo de Fenicia.

Luchando sin tregua contra los valladares que tal ambiente opone, hemos logrado al final cristalizar nuestro esfuerzo en las páginas de esta revista. ¿Una publicación de elite? Quizás así sea. Sin embargo, aquí se le dará cabida a asuntos deportivos, pero tratados en lengua castellana y no en la burda jerga que suele ensordecir las canchas. La nota social también tendrá acogida, pero sin la melosidad y cursilería con que a menudo aparece en la gran prensa diaria. No obstante, el Arte y las Letras gozarán de preponderancia.

El Arte en el cual, al decir del poeta, caben todas las escuelas, como en un rayo de sol todos los colores. Queremos a los artistas, viejos y jóvenes, acompañándonos en esta cruzada por la cultura patria. Pero, entiéndase bien: a los artistas, no a los atropelladores del Arte. Para ello hemos decidido que la colaboración sea estrictamente solicitada; y, en casos excepcionales, someter los trabajos a nuestro Consejo de Redacción, el cual está integrado por distinguidos intelectuales.

No somos, y esperamos no llegar a serlo nunca, propagandistas personales de nadie. El autobombo no cabe en nuestras páginas. Que cada cual valga por sus propios méritos, lejos de la baratija chillona. Que cada cual imponga su personalidad artística por sí sola, sin recurrir a sonajas de feria pueblerina. El triunfo habrá de ser de quienes en realidad valen y no de pretensiosos o ignorantes que creen que con hacer ruido acaban por llamar la atención de cualquier modo.

Henos, pues, en la brecha. En la brecha, por la brecha y para la brecha. Abriendo el camino por donde ha de pasarse triunfal el carro de nuestra cultura: la ruta del ideal. Contamos con el respaldo y la colaboración de la gran mayoría de los intelectuales del país. Y, claro está, no habremos de encerrarnos

## CAPÍTULO IV

a piedra y lodo dentro de los límites de nuestro predio, sino que también buscaremos el aporte artístico de las otras secciones de la América Central. Pero BRECHA, sobre todo, es y será expresión del pensamiento costarricense, que tan relegado ha vivido desde hace años, al impulso atroz del mercader y del zote.

Contamos con un pueblo culto que sabrá corresponder a nuestro esfuerzo, que nos brindará cooperación decidida. Alguien dijo hace tiempo que la iniquidad ahonda sus raíces en la tolerancia, como invade el bosque si se abandona el hacha. Lo propio ocurre con la incultura. Nosotros tomamos el hacha en nuestras manos, el hacha de luz, para comenzar la tala, e invitamos al pueblo a que nos ayude.

Estamos en la brecha<sup>9</sup>.

La página programática se atiene a una situación y a unas condiciones inmediatas: esa calle ciega que atrapa al acervo cultural costarricense ante los escasos recursos de los que dispone. «Mutilación», «mutismo», «localismo» son las palabras de este reclamo manifiesto. Como en otras épocas y en distintas revistas de orientación similar, *Brecha* vuelve a reclamar la tarea de darle espacio a la intelectualidad, a las «minorías ilustradas y pensantes», a «los artistas, viejos y jóvenes» en su «cruzada por la cultura patria». Aunque haciendo guiños inevitables a un periodismo más amplio (deportes, sociedad), la revista se planta con su proyecto esencial: una revista de arte y literatura. Eso la distinguió de *Repertorio Americano* y de *Orbe*, ambas casi en su etapa de forzada clausura<sup>10</sup>. Sorprende, sin embargo, que en la «presentación» no haya referencia alguna a los contenidos que se proyectaban recibir o promover. No se declara una dirección estético-ideológica, no hay una tendencia o escuela que la circunde o que actúe a modo de punto de referencia o de identidad. Los editores se inclinaron hacia dos espacios del mundo letrado: por una parte, al acopio o congregación de diversas manifestaciones de las letras costarricenses, de autores activos; por otra, a lo que pudiera tener de pertinencia las letras del exterior, sobre todo las contemporáneas. «No habremos de encerrarnos a piedra y lodo dentro de los límites de nuestro predio», decía aquella primera página de presentación. Les dedicó considerable

---

<sup>9</sup> «Presentación», *Brecha* I, 1 (1956): 1-2. Puestos a ampliar la metáfora, habría que seguir la etimología del nombre; según Coromines, la brecha corresponde al portillo de una fortificación.

<sup>10</sup> Al igual que *Brecha*, como veremos, tanto *Repertorio Americano* (en 1958) como *Orbe* (en 1968) se vieron forzadas a cerrar sus puertas ante las abrumadoras dificultades financieras que debieron afrontar. Desde luego, no todo podría atribuirse a la desaparición física de sus fundadores, aunque sin duda ese se sumó como factor determinante.

## CAPÍTULO IV

espacio a las artes visuales (pintura, dibujo, viñetas, escultura), y a un cúmulo considerable de artículos sobre las manifestaciones más recientes y novedosas de entonces; además, fue una especie de exposición simultánea de literatura costarricense contemporánea y de letras extranjeras. En este último caso, mediante la modalidad del recorte o la reproducción<sup>11</sup>.

Aislado el amplio y variado espacio que *Brecha* le dedicó a la crítica literaria, podríamos intentar una especie de reclasificación por el tipo de asuntos que trata; a su vez, por los orígenes y propósitos con que se escribieron. La práctica de la reproducción de páginas destinadas a otros lectores, años y circunstancias hace que tengamos que distinguir la índole del material publicado. No olvidemos la misión que sus fundadores se trazaron: abrir campo, acceder a los espacios todavía vedados a quienes por mil razones se veían impedidos a ello. Según ese criterio temático, es posible distribuir esas páginas de crítica literaria en cinco grandes grupos: (i) sobre temas de literatura, estética y poéticas; (ii) sobre literaturas en otras lenguas; (iii) sobre literatura española; (iv) sobre literatura hispanoamericana y (v) sobre literatura costarricense<sup>12</sup>. En el primer grupo se reúnen variadas discusiones y perspectivas sobre el estatuto de la literatura y de las poéticas en las que se sustentan sus variadas manifestaciones; al grupo hay que sumarles tesis y comentarios sobre la lengua castellana en cuanto vehículo de la escrita en castellano y algunos avances en materia de teoría literaria y modelos de análisis del lenguaje literario. Los siguientes tres grupos —las literaturas europeas y por la española y la hispanoamericana— constituyen los referentes estético-ideológicos principales que explican, en buena medida, la situación —no su evolución, según verá más adelante— y direcciones de las letras costarricenses, principalmente en los años de *Brecha*. Tal es el quinto grupo, cuantitativamente el más nutrido: las letras nacionales, desde las visiones retrospectiva (los «clásicos» costarricenses) y actual. En suma, una actividad editorial de la revista en la que sus editores siempre tuvieron en mente los dos polos de atracción entre los que osciló la crítica literaria: el entorno internacional y las manifestaciones nacionales: la internacionalidad y la localización<sup>13</sup>.

---

<sup>11</sup> A este último respecto, no se puede ser muy escrupuloso: no se usaban en esos años los permisos de reproducción, con las formalidades de un contrato ni nada parecido. Evidentemente, los textos del exterior insertos en las entregas también resolvían un asunto muy práctico e inmediato: contar con material publicable, ante la eventual escasez de originales o colaboraciones directas.

<sup>12</sup> Véase el anexo «Relación de artículos de crítica literaria en *Brecha*: 1956-1962».

<sup>13</sup> En números redondos, el primer grupo (sobre literatura y poéticas) constituye un 28 % de los artículos ; el segundo grupo (sobre la literatura en otras lenguas) tiene un 12 %; el tercer grupo (sobre literatura española) es de un 9 %; el cuarto grupo (literatura hispanoamericana) tiene un 12% y el quinto grupo (el dedicado a la literatura costarricense) alcanza el 39 %.

## CAPÍTULO IV

### DEL SENTIDO Y LAS POÉTICAS DEL LENGUAJE LITERARIO

Para una literatura con escasa tradición histórica y menor aun en el campo de la crítica, como la costarricense, fueron necesarios nuevos asideros conceptuales para empezar a cultivar un espacio para la reflexión y el análisis. En *Brecha*, el interés en propiciar la crítica literaria pasó por buscar referentes de apoyo, ejemplos a los que acudir, referentes capaces de acreditar las labores propias. Uno de los recursos de sus editores fue poner sobre la mesa de los debates los acercamientos esencialistas sobre el arte y la literatura, que a lo largo de la primera mitad del siglo XX fueron habituales principalmente en Europa, aunque también en el ámbito hispanoamericano. A dos artículos iniciales que se ocupan del discurso poético como concepto y como práctica de escritura —de Díaz Plaja y de Cardona Peña<sup>14</sup>— les siguieron pronto otras tesis relacionadas con problemas de índole si se quiere metafísica, sobre las causas primeras y esenciales del género: «La poesía pura», de Henri Bremond, «La evidencia poética», de Paul Éluard, «Conciencia y poesía», de Claude Vigée, «Verdad y poesía», de José Bergamín, «Alegato por la belleza», de Edmund W. Sinnot o «La poesía y el hombre», de Saint-John Perse<sup>15</sup>.

También aparecieron temas y discusiones sobre aspectos más concretos, especialmente sobre el género literario como problema conceptual y como ejercicio de la escritura; no en todos los casos sobre los géneros de la tradición aristotélica, sino sobre las nuevas manifestaciones del discurso artístico, como el lenguaje del cine. Es significativo que en el primer número haya aparecido un artículo sobre la convergencia entre dos lenguajes: el cinético y el verbal, que su autor plantea como binomio: «Cine y teatro: de la mano o a la greña», de Guido Fernández. En efecto, se escribe en los mismos años cuando en Costa Rica la actividad teatral reclamaba su espacio, institucional y material, aunque lo mismo ocurría con la industria cinematográfica. El cine, el género recién llegado y en expansión, siguió siendo objeto de atención en *Brecha*, a veces con posiciones encontradas: «El cinematógrafo y el niño», de Pedro Soria; «Perspectiva del cine», de George Barbarow; «Selecciones

---

<sup>14</sup> Guillermo Díaz Plaja, «Concepto de poesía», *Brecha* I, 3 (noviembre 1956): 20-21; Alfredo Cardona Peña, «La escritura poética», *Brecha* II, 12 (agosto 1957): 29-31. A este habría que añadir otro posterior, el del costarricense Abelardo Bonilla, «La poesía», *Brecha* IV, 7 (marzo 1960): 4-7.

<sup>15</sup> Henri Bremond, «La poesía pura», *Brecha* I, 9 (noviembre 1957): 22-24; Paul Éluard, «La evidencia poética», *Brecha* II, 8 (marzo 1958): 19-20; Claude Vigée, «Conciencia y poesía», *Brecha* III, 2 (octubre 1958): 17-18; José Bergamín, «Verdad y poesía», *Brecha* III, 2 (octubre 1958): 23-25; Edmund W. Sinnot, «Alegato por la belleza», *Brecha* IV, 12 (agosto 1960): 19; Saint-John Perse, «La poesía y el hombre», *Brecha*, v, 8 (abril 1961): 16-17.

cinematográficas», de Fernández o «Un año más de cine», de Eliécer Venegas<sup>16</sup>. Este interés por lo literario se fue extendiendo en el tiempo y ampliando en sus aproximaciones. Entre colaboraciones nacionales y reproducciones del extranjero, los asuntos tratados no alcanzaron un nivel propiamente teórico, aunque casi todos se refirieron a aspectos asociados a su afirmación canónica, o bien a sus adaptaciones a la literatura moderna. En ninguno se plantean delimitaciones ni tesis definitivas; son más bien reflexiones sobre las posibilidades del género, pensando en las manifestaciones contemporáneas que se tenían a mano; tales como «Conclusiones de un ensayo sobre teatro», de Moisés Vincenzi; «Las tres unidades dramáticas», de Alfonso Reyes; «Fronteras de la novela», de Hernando Téllez, «Conceptos sobre el teatro», de André Moreau o «Jerarquía del ensayo» de Emili Granier-Barrera<sup>17</sup>.

También se trataron otras vertientes literarias —ya no los géneros tradicionales— en su momento motivo de atención, por su novedad o bien por su consolidada tradición. Los artículos «Leyendo novelas policiales», de Alfonso Reyes y «La literatura de misterio como género» hablan, en un afán de reivindicarla, de lo que se consideró entonces una variedad marginal, escasamente «literaria». Ambos ensayistas ponen sus puntos a las íes y con ello revisan los hábitos académicos para leer —y recomendar!— una auténtica literatura. La otra discusión se detuvo en la llamada literatura infantil —más bien dicho, la literatura para niños—; una discusión que empieza en el mismo primer número de *Brecha*, con la pluma de un poeta costarricense, Carlos Luis Sáenz, quien sabía de lo que hablaba, por experiencia y ejercicio. De notables alcances es su «Ene tene tú»<sup>18</sup>, en el que pone en entredicho inveteradas creencias en la práctica de aquella escritura; ¿es que el escritor ha de infantilizarse para hablar con o de los novicios lectores, a los párvulos a quienes se procura

---

<sup>16</sup> Guido Fernández, «Cine y teatro: de la mano o a la greña», *Brecha* I, 1 (setiembre 1956): 16; Pedro Soria, «El cinematógrafo y el niño», *Brecha* I, 12 (agosto 1957): 48-49; George Barbarow, «Perspectiva del cine», *Brecha* II, 1 (setiembre 1957): 16-18; Guido Fernández, «Selecciones cinematográficas», *Brecha* II, 5 (enero 1958): 22-24; Eliécer Venegas, «Un año más de cine», *Brecha* IV, 6 (febrero 1960): 18-19.

<sup>17</sup> Moisés Vincenzi, «Conclusiones de un ensayo sobre teatro», *Brecha* I, 7 (marzo 1957): 25; Alfonso Reyes, «Las tres unidades dramáticas», *Brecha* I, 10 (junio 1957): 19-20; Hernando Téllez, «Fronteras de la novela», *Brecha* IV, 7 (marzo 1960): 21-23; André Moreau, «Conceptos sobre el teatro», *Brecha* V, 9 (mayo 1961): 18-20; Emili Garnier-Barrera, «Jerarquía del ensayo», *Brecha* VI, 6 (febrero 1962): 17.

<sup>18</sup> Carlos Luis Sáenz, «Ene tene tú», *Brecha* I, 1 (setiembre 1956): 19. Entre otros asuntos, su autor sostiene que la literatura para niños «ha de ser obra de arte verdadero. Nada de libritos puerilizantes, en los que un falso concepto de la función ancilar de la literatura la desnaturaliza y la falsifica [...] como si escribir para los pequeños fuese tarea que no implica una capacidad y una maestría literarias solo alcanzada, en la historia literaria universal por muy pocos privilegiados maestros de la lengua» (*loc. cit.*).

## CAPÍTULO IV

entretener y educar? Sobre ese mismo tema volvieron después Mario René Matute en «Una revaloración de la literatura para niños» y Alfonso Ulloa Zamora con «Algo sobre literatura infantil»<sup>19</sup>.

El otro gran tema del que se ocupó *Brecha*, acorde con los signos de los tiempos, fue el papel social de la literatura; enunciado de otro modo: la función que debería ejercer en su momento y en su entorno. Naturalmente, no era un asunto específicamente literario, porque el tema incluyó los deberes políticos de quien la escribe. Imposible sería desprender el interés por indagar sobre qué es la literatura, cuáles han de ser las condiciones o exigencias de sus géneros literarios, incluso si las nuevas manifestaciones literarias verdaderamente han de tenerse como tales o no, de las discusiones sobre su función o su misión social. No era, en los años de *Brecha*, un asunto novedoso ni sorprendente, sino una discusión entre los intelectuales europeos de la posguerra, quizá con el filósofo Sartre al frente: ¿para qué sirve la literatura? Dos costarricenses se plantearon el problema, en los números de setiembre y de diciembre de 1957: «Consideraciones sobre la literatura», de Fabián Dobles y «Escribir para su tiempo», de León Pacheco<sup>20</sup>. Sin ponerle ese adjetivo, ambos dedicaron sus reflexiones a la que se tenía entonces por literatura *comprometida*. Del español Guillermo de Torre se reprodujo tiempo después su ensayo «Dos conceptos del arte», en el que señala el artificioso binomio de un arte gratuito, libre, y uno vinculado con la realidad y testimonio de ella. Del mismo asunto se ocupó Alberto Ordóñez Argüello en «Palabras sobre poesía y “poesía social”». Como aspecto de orden ético o político, también hubo quienes se centraron en la figura del escritor: «¿No podemos prescindir de los poetas?», de Stephen Spender; «El novelista en un mundo fuera de razón», de Alan Pryce-Jones y «De la función del novelista», de Joyce Cary, todos ellos británicos<sup>21</sup>. Las relaciones entre el escritor y la sociedad, en especial las referidas al compromiso social y político, ya cundían en la región centroamericana, por lo menos desde hacía dos decenios, pero los debates a ese respecto empezaban a cobrar vigor a medida que se acercaba la década de 1960. Eso, en parte, explicaría que los editores de *Brecha* acogiesen de buen grado los debates sobre literatura y pensamiento que se ocuparan de ello, con libertad y determinación.

---

<sup>19</sup> Mario René Matute, «Una revaloración de la literatura para niños», *Brecha* II, 7 (marzo 1958): 13 y 16; Alfonso Ulloa Zamora, «Algo sobre literatura infantil», *Brecha* II, 10 (junio 1958): 5-7.

<sup>20</sup> Fabián Dobles, «Consideraciones sobre literatura», *Brecha* II, 1 (setiembre 1957): 20-21; León Pacheco, «Escribir para su tiempo», *Brecha* II, 4 (diciembre 1957): 7.

<sup>21</sup> Stephen Spender, «¿No podemos prescindir de los poetas?», *Brecha* V, 5 (enero 1961): 22-23; Alan Pryce-Jones, «El novelista en un mundo fuera de razón», *Brecha* V, 7 (marzo 1961): 21-22; Joyce Cary, «De la función del novelista», *Brecha* V, 10 (junio 1961): 18-19.

## CAPÍTULO IV

Dejemos, para cerrar esta sección, dos dimensiones más sobre literatura y sus *poéticas*: las imbricaciones entre el lenguaje literario con la lengua en que se manifiesta y algunos trabajos sobre problemas de índole teórica y sobre métodos para el análisis del discurso. No son pocas las páginas que *Brecha* les abrió a artículos y acercamientos sobre la corrección lingüística, la claridad, las variedades regionales del castellano y hasta los problemas de la lecto-escritura. Difícil disimular que en esos artículos predominaron posiciones normativistas, más conformes con las políticas académicas que con los análisis descriptivos de los fenómenos de la lengua. Al defenderse una tradición literaria más bien apegada a sus alcances estéticos, a las virtudes del estilo y a ejemplificar los fenómenos con las más destacadas plumas, *Brecha* no estaba en posición de estimular la excesiva novedad, las líneas quebradas de la experimentación o el desparpajo expresivo, al modo de las viejas vanguardias. De esas precauciones se hicieron cargo los buenos pedagogos locales de la lengua: Moisés Vincenzi, Arturo Agüero, Cristian Rodríguez, Hernán Zamora Elizondo<sup>22</sup>; incluso, sin que fuera su propósito mayor, algunas colaboraciones de Alberto F. Cañas, de Alfredo Cardona Peña y de León Pacheco concluyen dictaminando sobre la prescripción lingüística y el buen uso de la lengua, más aun cuando se está ante el recurso principal de la literatura. También se muestra cierta afinidad de posiciones entre las colaboraciones nacionales y las procedentes del exterior, visible a modo de ejemplo entre «El ojo y la idea», de Joaquín Gutiérrez y «Elogio de la claridad», de Ivor Brown<sup>23</sup>.

Cuando en julio de 1957 Cristian Rodríguez se refirió a la traducción y a las abismales diferencias entre la comercial y la literaria<sup>24</sup>, abrió la discusión sobre la necesidad de renovar los principios para el acercamiento al lenguaje literario desde una perspectiva más sistemática y fiable. Seguros de la pertinencia del asunto planteado, en *Brecha* se publicaron tres artículos: uno de Alfredo Cardona Peña, sobre la poética de Hegel, otro que Pedro Pablo Paredes dedica en una amplia reseña al tratado de Carlos Bousoño sobre el lenguaje de la poesía; como tercero, el de José Olivio Jiménez sobre los alcances y posibilidades

---

<sup>22</sup> Moisés Vincenzi, «Preciosismo y salvajismo literarios», *Brecha* I, 3 (noviembre 1956): 11; Arturo Agüero, «Conciencia y aprecio de la lengua», *Brecha* I, 12 (agosto 1957): 38-41; Cristian Rodríguez, «¿Están las escuelas retardando el aprendizaje de la lectura?», *Brecha* II, 3 (noviembre 1957): 2-5; Hernán Zamora Elizondo, «La hora de las academias», *Brecha* V, 12 (agosto 1961): 8-10.

<sup>23</sup> Joaquín Gutiérrez, «El ojo y la idea», *Brecha* II, 7 (marzo 1958): 18-21; Ivor Brown, «Elogio de la claridad», *Brecha* V, 3 (noviembre 1960): 18-20.

<sup>24</sup> Cristian Rodríguez, «Traducciones comerciales y traducciones literarias», *Brecha* I, 11 (julio 1957): 2-4.

## CAPÍTULO IV

epistemológicas de la estilística como método<sup>25</sup>. Naturalmente, a ellos hay que sumar los estudios ya mencionados de Díaz Plaja, de Alfonso Reyes y de André Moreau. Con diferentes grados de acierto y precisión, acercamientos como aquellos pudieron haber dejado mejor posicionado el ejercicio de la crítica literaria en el medio costarricense; esta vez no como lugar de promoción o elogio, sino de análisis pormenorizado sobre el objeto: el acto literario y sus resultados concretos. Hubo que esperar más de un decenio para que esa nueva mentalidad, ya en el ámbito de la institución académica —los estudios de procedencia universitaria— calaran entre los sectores letrados de Costa Rica, incluido el estudiantado de filología y lingüística y en general los jóvenes que se iniciaban en el cultivo de la crítica literaria<sup>26</sup>.

### LA MODERNIDAD COMO HORIZONTE LITERARIO

Hacia 1950 las letras costarricenses aceptaban los vínculos de filiación con los grandes referentes de la literatura europea; es decir, la convencionalmente occidental: la española, la francesa, la inglesa, la italiana. En cierta medida, una gravosa e insoslayable herencia originada en muchos factores, entre los que no se puede sustraer la crítica literaria local. La élite letrada costarricense así lo entendió y lo llevó a la práctica, por lo que los grandes monumentos literarios procedentes del viejo continente fueron los modelos y los referentes principales. Un recuento de los artículos, así como de poemas, relatos, ensayos y decenas de noticias procedentes de Europa, demuestra que *Brecha* siempre dejó abiertas y con anchura sus puertas. Empeñados sus editores en entregarles su revista a los autores nacionales o a extranjeros que vivían en el país, comprendieron que una literatura como la costarricense no podría desenvolverse sin tener en mente las poderosas corrientes culturales y estético-ideológicas «del mundo», principalmente las europeas. «No habremos de encerrarnos —sostuvieron sus editores— en encerrarnos a piedra y lodo dentro de los límites de nuestro predio».

Si se compara con otras revistas y suplementos literarios de su período, una de las novedades de *Brecha* fue haber introducido los nombres y las tendencias de la más avanzada literatura moderna, la originada en Europa occidental. Es cierto que el editor de *Repertorio Americano* se había afanado por ventilar y refrescar las habitaciones de la cultura letrada del lector nacional, pero sus buenos propósitos por lo general se toparon con no poca

---

<sup>25</sup> Alfredo Cardona Peña, «Notas a la poética de Hegel», *Brecha* III, 11 (julio 1959): 12-13; Pedro Pablo Paredes, «Sobre *Teoría de la expresión poética* [de Carlos Bousoño]», *Brecha* V, 2 (octubre 1960): 23-24; José Olivio Jiménez, «Riesgos y venturas de la estilística», *Brecha* V, 5 (enero 1961): 18-19.

<sup>26</sup> De nuevo, remito a mi estudio «La historiografía literaria», mencionado en la nota 6.

## CAPÍTULO IV

indiferencia y puede que hasta sus propios proyectos americanistas —es decir, hispanoamericanistas— del periódico. Los encargados de *Brecha* avanzaron unos pasos, al invitar a sus colaboradores nacionales a escribir sobre las tendencias y autores que apenas se conocían en nuestro medio: el nuevo teatro de Shaw, de O’Neill o de Ionesco, algunos hitos de la novela contemporánea (Joyce, Gide, Camus, Hemingway) y el extenso período de la poesía moderna, desde el simbolismo francés hasta los días de *Brecha*: Baudelaire, Mallarmé, Nerval, Superville, Valéry, Rilke, Quasimodo, Saint-John Perse; también la poesía estadounidense (entre Whitman y Kerouac), la holandesa y la griega recientes. Castro Fernández escribió sobre Mallarmé, Pacheco sobre Superville, Guido Fernández sobre Shaw e Ionesco, Umaña Bernal sobre Rilke, Ospina sobre Nerval, Cañas sobre O’Neill, Láscaris sobre la poesía griega y Echeverría Loría sobre Whitman<sup>27</sup>. Algunas reproducciones o recortes les permitieron a los lectores tener noticias de Kazantzakis (Agustín Batra), del *Ulises*, de Joyce (Alejo Carpentier), de Shaw (Sean O’Casey), de la narrativa británica y estadounidense Elizabeth Janeway), de Valéry (Gascó Contell), de Quasimodo (Sandro Val), de Saint-John Perse (Jiménez). Dar cuenta de Jack Kerouac, por ejemplo, era referirse a una de los últimos y más singulares fenómenos de la narrativa y de la poesía estadounidenses, una generación *beat* de la que no se tenía noticia en el medio nacional y que, como tantas otras tendencias, no echó raíces, y apenas el escaso interés de saber más sobre aquel movimiento de la literatura contemporánea, casi vecina de la hispanoamericana. Situación parecida sería la mención a otras celebridades lejanas: Rilke, O’Neill, Ionesco.

Hay entre los colaboradores costarricenses que escribieron para *Brecha* algunos bien informados sobre las nuevas tendencias de la literatura extranjera moderna, lo que pudo haber influido en su propia creación literaria. Además del periodismo que ejerció extensamente, Alberto F. Cañas fue un dramaturgo que introdujo novedades en el teatro costarricense, ya desde la década de 1950; Alfredo Cardona Peña, uno de los más asiduos en *Brecha*, conoce y comenta sobre las vanguardias poéticas y sobre la crítica literaria actual; Fabián Dobles y Joaquín Gutiérrez tienen buena noticia de la novela moderna (incluidos

---

<sup>27</sup> Héctor Alfredo Castro Fernández, «El sentido poético de Mallarmé», *Brecha* I, 1 (setiembre 1956): 6 y 25; León Pacheco, «Superville o la aventura de la poesía», *Brecha* I, 7 (marzo 1957): 5-6; Guido Fernández, «La eterna, invaluable universalidad de Shaw», *Brecha* III, 10 (junio 1959): 10-11 y «Para atrapar a Ionesco», *Brecha* IV, 3 (noviembre 1959): 10-12; José Umaña Bernal, «Aproximación a Rainer María Rilke», *Brecha* IV, 12 (agosto 1960): 13, 16-17; Uriel Ospina, «El destino trágico de Gerard de Nerval»; Alberto F. Cañas, «El regreso del atormentado [sobre Eugene O’Neill]», *Brecha* II, 1 (setiembre 1957): 10-11; Constantino Láscaris, «Poesía griega contemporánea», *Brecha* V, 5 (enero 1961): 15; Arturo Echeverría Loría, «Poesía y democracia en Walt Whitman», *Brecha* II, 9 (mayo 1958): 21-23.

## CAPÍTULO IV

Joyce, Proust, Hemingway, Faulkner); Ricardo Ulloa Barrenechea es de los que mejor dan noticia de la poesía española reciente con nombres que, si bien notorios, no circularon entre las bibliotecas y las librerías costarricenses, como Vicente Aleixandre, Luis Cernuda, Carlos Bousoño o Francisco Brines.

### LOS RUMBOS DE LAS LETRAS DE LA HISPANIDAD

Al pasar a la presencia de la literatura española en las páginas de *Brecha*, se observa rasgo distintivo su atención casi predominante a una etapa de las letras peninsulares que constituyeron un referente cultural para Hispanoamérica: la que se extiende desde la generación del 98 hasta el despertar de los poetas del 27. Alrededor de Miguel de Unamuno, de Antonio Machado y de Pío Baroja giran aquellos artículos que ven en su presencia, intelectual y literaria una de las fuentes más robustas de la literatura escrita en castellano durante la primera mitad del siglo XX. Como si fuera una tríada asociada a los géneros literarios mismos, se reconocen los valores del pensamiento ensayístico unamuniano, los de la poesía moderna, entre la verdad y la estética, propios del poeta sevillano y la novela de raigambre realista, de nuevos tonos y temas, del escritor donostiarra. Al evocar al novelista, Macaya Lahmann señaló de Baroja un rasgo de lo que había de ser característico de la novela contemporánea: el abandono de todo idealismo, a favor de una visión crítica —no pocas veces acerba— de la realidad inmediata; el novelista pasa de ser el escritor cordial y discreto para convertirse en fiscal, casi con dedo acusador. Eso fue Baroja, quizá ejemplo para novelistas de su nación y de hispanoamericanos. Del interés y la atención a Unamuno y a Machado se hicieron eco posteriormente algunos intelectuales costarricenses, tan interesados en el pensamiento ético y político de ambos, como en el valor de su obra literaria<sup>28</sup>.

---

<sup>28</sup> Dos intelectuales más jóvenes, ambos profesores de filosofía, desarrollaron sendos estudios sobre Miguel de Unamuno y Antonio Machado: primero, en los propios años de *Brecha*, José Guillermo Malavassi Vargas, *Presencia de Unamuno en Costa Rica*. Tesis (San José: Universidad de Costa Rica, 1958); posteriormente, de Roberto Murillo Zamora, *Antonio Machado: ensayo sobre su pensamiento filosófico* (San José: Editorial Fernández Arce, 1975). Los estudios que aparecen en la revista son: de Alfredo Cardona Peña el poema «Lectura de Miguel de Unamuno», *Brecha* I, 13 (diciembre 1956): 12; Pedro Soria, «Unamuno», *Brecha* I, 13 (diciembre 1956): 12; Fernando Valera, «Unamuno o la guerra en el alma», *Brecha* III, 10 (junio 1956): 59; Enrique Macaya Lahmann, «Recuerdo de Pío Baroja», *Brecha* I, 4 (diciembre 1956): 4; Constantino Láscaris, «El despertar de la conciencia moral [sobre Antonio Machado]», *Brecha* III, 8 (abril 1959): 1-5; Hugo Lindo, «Antonio Machado en Centroamérica», *Brecha* IV, 7 (marzo 1960): 12-13; Rafael de Penagos, «Eternidad de Antonio Machado», *Brecha* IV, 7 (marzo 1960): 12-13.

## CAPÍTULO IV

Como complemento, la poesía peninsular contemporánea recibió la atención de los editores de *Brecha*, en una etapa en la que apenas se recibían noticias sobre las generaciones más recientes. En igual medida, Machado, Juan Ramón Jiménez y Federico García Lorca eran nombres, desde antes, entre los lectores costarricenses de sus revistas culturales, como se demuestra en los índices de *Repertorio Americano*, que *Brecha* fue ampliando con referencias a Aleixandre, a León Felipe, a Fernando Villalón, a Luis Cernuda, a Carlos Bousoño, a Francisco Brines. El artículo del crítico español José Luis Cano se detiene, con prolijidad en la que se denominaría pronto como la generación del 50, nueva para el medio librero costarricense y sus lectores: Gabriel Celaya, Blas de Otero, José Hierro, Carlos Bousoño, como también lo hace José Olivio Jiménez, quien era un verdadero referente en la actividad editorial de *Brecha*<sup>29</sup>. Entre los críticos costarricenses vuelve a destacarse Ricardo Ulloa Barrenechea, quien había radicado, en viaje de estudios, en Madrid, donde entró en contacto directo con el mundillo de los poetas contemporáneos; sus estudios sobre Aleixandre y sobre Cernuda ser pueden tomar, desde nuestros días, como un llamado al conocimiento de la poesía española muy posterior a las experiencias del modernismo y de las vanguardias europeas<sup>30</sup>.

### VOCES CERCANAS Y HUMANAS MAYORES

El vecindario inmediato de la literatura costarricense fue y es la literatura hispanoamericana, mas no por la costumbre entre pedagógica y geográfica de la «envolverla» primero en las letras del continente y luego en la tradición de la literatura escrita en español (es decir, la de procedencia peninsular). Tal vecindad también ha quedado al mismo tiempo limitada y delimitada; han sido para Costa Rica solo unos cuantos focos de atracción, constituidos por los centros urbanos de la cultura letrada hispanoamericana: el más cercano, el mexicano, por geografía, por vínculos históricos y políticos ancestrales; otros algo más alejados pero de potentes y seductoras luces: Buenos Aires, Santiago de Chile; en parte Bogotá o La Habana.

Sin camppear a sus anchas, todavía resonaban en la cultura costarricense los ecos del modernismo. Aún en la década de 1950 merodeaba como referente estético-literario de

---

<sup>29</sup> José Luis Cano, «La poesía en España: una nueva generación», *Brecha* IV, 12 (agosto 1960): 21-23; José Olivio Jiménez, «Poetas españoles de hoy: Carlos Bousoño», *Brecha* VI, 3 (noviembre 1961): 10-11.

<sup>30</sup> Ricardo Ulloa Barrenechea, «A solas con Vicente Aleixandre», *Brecha* II, 8 (abril 1958): 22-23; «Poesía española: *Las brasas* [de Francisco Brines]», *Brecha* V, 2 (octubre 1960): 10-14; «Amor y poesía en Luis Cernuda: *La realidad y el deseo*», *Brecha* VI, 6 (febrero 1962): 6-9.

## CAPÍTULO IV

indudable prestigio, ya no como modelo sino como ejemplo. Ello explica algunos acontecimientos en la gestión de *Brecha*. No abundan los artículos sobre la literatura hispanoamericana, por nacionales o por extranjeros, pero una buena parte tienen como figura central a Rubén Darío. Era el poeta por antonomasia; además, centroamericano. Un dato singular: *Brecha* no publicó poemas suyos<sup>31</sup>. Como contrapeso, sobre su figura cimera se le dedica una buena porción de páginas, y desde muy variadas aproximaciones. Algunas, sí, cargadas de elogios y simpatías; pero en ello no se apartaron de la corriente de la crítica predominante en el ámbito nacional.

Probablemente por su fallecimiento, aunque no solo por eso, también la figura hispanoamericana de la chilena Gabriel Mistral fue una de las que mejor se destacó en la revista; un poco más rezagado está el perfil como escritor del colombiano Porfirio Barba Jacob, que había pasado por Costa Rica, cuya vida algo excéntrica para la época pudo haber contribuido a su notoriedad. Entre las nostalgias modernistas, ya anacrónicas y alrededor del gran poeta nicaragüense, y la poesía telúrica y apasionada de los chilenos Mistral y Neruda, se movilizaron las principales colaboraciones —incluidos algunos recortes— a *Brecha*, con lo cual se estableció una especie de equidistancia entre poesía de un pasado ya algo lejano y la del presente. Durante los años de *Brecha*, las voces de los dos ilustres chilenos eran las contemporáneas y las que mejor se oían y se leían<sup>32</sup>.

Lo que podríamos tomar como un tercer frente es la literatura mexicana, con estudios críticos sobre sor Juana Inés de la Cruz, Alfonso Reyes, José Vasconcelos y Carlos Pellicer, más algunos generales sobre la poesía y en torno a las relaciones entre la literatura y la revolución. No debería sorprender ese interés: Echeverría Loría había vivido una temporada en aquella nación y Alfredo Cardona Peña, uno de los principales colaboradores de la revista, ya era ciudadano mexicano, y desde allá enviaba sus escritos. De Alfonso Reyes aparece media docena de artículos (uso sobre García Monge), junto a páginas de Antonio Caso (sobre Costa Rica) y de Xavier Villaurrutia.

Tales fueron las voces cercanas que constituían una especie de extensa confraternidad, unida por una cultura común y su lengua. Por esa misma cercanía, no solo geográfica sino también histórica, los editores de *Brecha* vieron en el pensamiento crítico-literario, dentro de su relativa abundancia y variedad, una fuente nutricia para replantearse la idea misma de la literatura costarricense. Lejos quedaban los tiempos de la indulgencia y

---

<sup>31</sup> Me atengo al índice general que preparó Chaves Salgado.

<sup>32</sup> Tampoco se incluyen en *Brecha* poemas de Mistral ni de Neruda, salvo algún texto ocasional de la primera.

## CAPÍTULO IV

la cordialidad entre la reducida comunicad de escritores y artistas de los primeros decenios del siglo XX. La literatura contemporánea exigía la renovación en todas sus dimensiones, incluida la reformulación misma del quehacer crítico, que suponía la mirada al exterior, como una de sus fuentes nutricias. El ensayismo crítico-literario de Reyes o de Pedro Henríquez Ureña, por ejemplo —así como los de Unamuno o de Gregorio Marañón— se adoptó en *Brecha* como primer sucedáneo a una crítica literaria más sistemática y sagaz. Los editores no perdieron de vista que la literatura costarricense requería tanto un espacio material (las páginas de la revista) como otro disciplinar: el estímulo a los estudios y análisis de índole crítico.

### FILIACIONES, CONVERSACIONES Y REMOZAMIENTOS

Llegados a este punto, ¿qué resultados pudo haber arrojado la variopinta concurrencia, durante un lustro, de literatura, arte y pensamiento, en las veintiocho páginas de cada número de *Brecha*<sup>33</sup>? Un vistazo al índice sumario de los artículos sobre literatura y campos afines indica que casi el 40 % se ocupa de la literatura nacional, aparte de los abundantes textos de creación literaria<sup>34</sup>. Según sus temas, también del índice se muestra la atención a tres etapas —¿generaciones, tal vez?— de la literatura costarricense de esa primera mitad del siglo XX: una, la que se extiende desde los orígenes hasta 1920 (Juan Diego Braun, Aquileo J. Echeverría, Rafael Cardona, José Fabio Garnier, Roberto Valladares, Carlos Gagini, Lisímaco Chavarría, Carmen Lyra, Justo A. Facio); otra, una suerte de período intermedio, de autores cuya vigencia efectiva se prolongó hasta 1940 (Adilio Gutiérrez, Rafael Estrada, Francisco Soler, Manuel Escalante Durán, Vicente Sáenz, Yolanda Oreamuno, Julián Marchena, Arturo Agüero, Mario Alberto Jiménez José Marín Cañas); como tercera, la literatura *contemporánea*, correspondiente a la que aparece a lo largo de la década de 1950 (Isaac Felipe Azofeifa, Francisco Amighetti, Alfredo Cardona Peña, Fernando Centeno Güell, Carlos Orozco, Joaquín Gutiérrez, Alberto F. Cañas, Daniel

---

<sup>33</sup> Para futuros estudios, será oportuno analizar las relaciones entre *Brecha* y las otras revistas y suplementos literarios con los que convivió a lo largo de su trayectoria; primero, las que tuvo con *Repertorio Americano* (quizá su principal modelo, como concepto y como gestión); también los cuatro años de coexistencia con *Orbe*, y más tarde con los suplementos de literatura y arte del diario *La Nación*, en los primeros años de la década de 1960. Sobre este último asunto, acabo de concluir la redacción del estudio «Los suplementos literarios de *La Nación*: 1960-1970», como parte del proyecto de investigación referido en la nota 1 de estas páginas.

<sup>34</sup> Una vez más, remito al índice preparado por Chaves Salgado (1999), y el de reelaboración propia, como anexo al presente estudio.

## CAPÍTULO IV

Gallegos, Arturo Echeverría Loría, Mario Picado, Jorge Charpentier, Ricardo Ulloa Barrenechea, Carlos Rafael Duverrán, Ana Antillón)<sup>35</sup>.

Estos no son solo datos estadísticos. Los estudios literarios muy voluntariosamente se procuraron cultivar, con herramientas actualizadas, en la Universidad de Costa Rica, ya desde mediados de la década, apoyados en un reducido sistema de ideas y conceptos, siempre para ordenar datos y criterios sobre la literatura nacional<sup>36</sup>. Varios escritores cercanos a *Brecha* fueron, además, profesores universitarios empeñados en renovar los estudios lingüísticos y literarios: Abelardo Bonilla, Arturo Agüero, Isaac Felipe Azofeifa, Constantino Láscaris, Enrique Macaya Lahmann, León Pacheco, Hernán Zamora Elizondo; otros más, como Carlos Rafael Duverrán y Jorge Charpentier eran preparados jóvenes para la enseñanza de la lengua y la literatura. Atenidos al catálogo de artículos sobre la literatura nacional, la crítica literaria guardó cierta distancia de los estudios eruditos y más aun de los tecnicismos terminológicos. La de *Brecha* fue, más bien, una modalidad discursiva situada entre el ensayo literario —es decir, el de libre reflexión y análisis, incluidas conjeturas, interpretaciones y posiciones ideológicas— y los análisis textuales a propósito de temas, de estilos o de relaciones historiográficas. Alguna vez se publicaron páginas casi hagiográficas sobre este o aquel escritor: Yolanda Oreamuno, Francisco Soler, Ricardo Segura, Carmen Lyra, Aquileo J. Echeverría, pero no fue la regla.

Sin poner en entredicho su originalidad, siempre relativa en cualquier circunstancia, los artículos y acercamientos a la literatura costarricense —en especial a la *contemporánea* de entonces— se alimentaron de tendencias y procedimientos de estudio o ensayos del exterior análogos a los que aparecen en *Brecha* durante toda su gestión editorial. Es lo verosímil y lo comparable: autores costarricenses, en plan de ensayistas o de críticos literarios leyeron, mencionaron o citaron a ensayistas, críticos y pensadores en general «de extramuros». Varios de ellos tuvieron formación intelectual y académica en el exterior: Cardona Peña, Bonilla, Echeverría Loría, Ulloa Barrenechea, Azofeifa, Pacheco, Vicente Sáenz, o inmigrantes recientes como Láscaris o el mismo Ortega Díaz, por lo que cabe suponer su acceso a las voces y a las plumas connotadas de la época. A varias de ellas hemos mencionado en estas páginas: Díaz Plaja, Torre, Éluard, Perse, Reyes, Torres Rioseco, Abreu Gómez, Unamuno, Marañón, García Bacca, Camus.

---

<sup>35</sup> También en términos porcentuales muy aproximados, un recuento indica que sobre la primera etapa hay un 24 % de artículos; sobre la intermedia, un 18 %; sobre las letras contemporáneas un 58 %.

<sup>36</sup> Al respecto, véase el capítulo, ya mencionado, «La historiografía literaria», en mis *Aproximaciones a las letras de Costa Rica*, ed. cit, pp. 13-106.

## CAPÍTULO IV

Acudamos a algunos ejemplos que acercan temas y problemas de la crítica literaria del exterior a la ejercida en Costa Rica, en las páginas de *Brecha*. Como vimos, en ellas se pusieron sobre la mesa debates en torno a las definiciones y prácticas literarias, como el ejercicio de la literatura para niños (la literatura infantil). Al artículo de Carlos Luis Sáenz, notable pedagogo y cultor en Costa Rica de esa modalidad, los editores de *Brecha* cotejaron poco después con los puntos de vista de Matute y de Ulloa Zamora<sup>37</sup>. También han de verse como debates virtuales los intentos por definir la literatura en general o algunos de sus géneros literarios. Díaz Plaja y Reyes lo hacen, con la poesía y el teatro; los editores añaden los puntos de vista de Bremond, de Éluard, de Bergamín<sup>38</sup>; en Costa Rica toman partido y posiciones Cardona Peña, Bonilla y Mario Alberto Jiménez. Nadie pretende un veredicto definitivo: son especulaciones, no teorías. A las «Consideraciones sobre la literatura», de Dobles, intentó ampliarlas Pacheco en «Escribir para su tiempo», asunto al que en su coyuntural apariencia los editores sumaron al debate las aproximaciones de Torre, Ordóñez Argüello, Pryce-Jones y Cary. La discusiones «europeas» sobre el papel social y político del escritor mezclaron con ductilidad asuntos relacionados con su condición de ciudadano político y sus creaciones literarias en cuanto vehículos y manifestaciones del *compromiso*. En Hispanoamérica, también la literatura se había «politizado», como lo muestra la abundante narrativa neorrealista y las derivaciones de la poesía social. Escritores costarricenses como Fabián Dobles, Joaquín Gutiérrez o León Pacheco de sobra conocían esto, tanto por sus novelas como por sus artículos y declaraciones, desde los años cuando escribían para *Repertorio Americano*, junto a otros correligionarios. Echeverría Loría hacía poesía política en *Juan Rafael Mora, el héroe y su pueblo* (1956), como Arturo Montero Vega en *Poemas de la revolución* (1960) y Fernando Luján con sus *Odas a las ruinas de Copán* (1963). Así, las relaciones entre el ejercicio literario y el metadiscurso político, expreso en los artículos de crítica literaria, cobraron interés y significado en las páginas de *Brecha*: el papel de la literatura y la responsabilidad del escritor.

No se limitó la crítica costarricense sobre literatura a su papel político. Desde temprano también se trataron asuntos de historia literaria y de análisis textual. Sobre lo primero Luis Ferrero Acosta escribió «Pensando en nuestra poesía», Alberto F. Cañas «Guía de turistas sobre novela costarricense» y Alfonso Ulloa Zamora «Introducción a la historia

---

<sup>37</sup> Sáenz, «Ene tene tú», loc. cit.; Matute, «Una revaloración...», loc. cit.; Ulloa Zamora, «Algo sobre...», loc. cit.

<sup>38</sup> Bremond, «La poesía...», loc. cit.; Éluard, «La evidencia...»; loc. cit.; Bergamín, «»Verdad y...», loc. cit.

## CAPÍTULO IV

y literatura de Costa Rica»<sup>39</sup>. En forma paralela, numerosos artículos se concentraron en la literatura contemporánea; es decir, la que al mismo tiempo era una confirmación de una conocida literatura nacional y un acto de renovación y de exploración de nuevos caminos; la misma *brecha* del nombre de la revista. Entre otros, cabe señalar los de Arturo Echeverría Loría sobre Amighetti, el de H. A. Castro Fernández sobre Abelardo Bonilla, el de Alfredo Cardona Peña sobre Carlos Rafael Duverrán, el de Francisco Marín Cañas sobre el teatro costarricense, el de Isaac Felipe Azofeifa sobre Ricardo Ulloa Barrenechea, y el de este sobre Ioan Vidal<sup>40</sup>.

En cuanto a los aspectos teóricos y metodológicos como cimientos de la crítica literaria, los artículos son escasos —no más de dos o tres— pero algún efecto tuvieron, al interior de la revista. Además de la reproducción de un texto de Reyes sobre las tres unidades dramáticas, habría que destacar dos posteriores: la reseña que se publica del tratado *Teoría de la expresión poética*, de Carlos Bousoño, redactada por Paredes, y el ensayo «Riesgos y venturas de la estilística», de José Olivio Jiménez<sup>41</sup>. En Costa Rica, quien mostró más simpatía por el modelo de la estilística fue, desde temprano, Abelardo Bonilla, en pasajes de su *Historia de la literatura costarricense*<sup>42</sup> y en el breve tomo *Estilística del lenguaje costarricense*<sup>43</sup>. En otros artículos, cada cual a su modo y con cierto eclecticismo, se puso en práctica aquel acercamiento a los textos literarios, para comentar poemas, relatos y textos de índole ensayística de las letras nacionales. El costo del eclecticismo, sin embargo, no impidió que *Brecha* les ofreciese a sus lectores una práctica de la crítica literaria atendida a los principios del análisis textual, acompañada de observaciones sobre particularidades retóricas, genéticas y semánticas, guardándose del elogio desmedido al autor o del

---

<sup>39</sup> Luis Ferrero Acosta, «Pensando en nuestra poesía», *Brecha* I, 8 (abril 1957): 16-17; Alberto F. Cañas, «Guía de turistas sobre novela costarricense», *Brecha* IV, 8 (abril 1960): 3-6; Alfonso Ulloa Zamora, «Introducción a la historia y literatura de Costa Rica», *Brecha* V, 9 (mayo 1961): 13, 15.

<sup>40</sup> Arturo Echeverría Loría, «Con la poesía y la pintura de Francisco Amighetti», *Brecha* I, 10 (junio 1957): 1-2; Héctor Alfredo Castro Fernández, «Abelardo y *El valle nublado*», *Brecha* I, 9 (mayo 1957): 12-13; Alfredo Cardona Peña, «Duverrán, gran poeta joven», *Brecha* II, 9 (mayo 1958): 10; Francisco Marín Cañas, «Dos autores costarricenses y la posibilidad de un teatro tico», *Brecha* III, 8 (abril 1959): 23-24; Isaac Felipe Azofeifa, «*Corazón de una historia*, poesía de Ricardo Ulloa Barrenechea», *Brecha* V, 10 (junio 1961): 8-10; Ricardo Ulloa Barrenechea, «La poesía de Ioan Vidal», *Brecha* VI, 3 (noviembre 1961): 20-22.

<sup>41</sup> Vid. nota 24.

<sup>42</sup> Ver Abelardo Bonilla, *Historia de la literatura costarricense* (San José: Universidad de Costa Rica, 1957), y su segunda edición ampliada y actualizada en 1967, de la Editorial Costa Rica, 1967.

<sup>43</sup> Abelardo Bonilla, *Estilística del lenguaje costarricense* (San José: Universidad de Costa Rica, 1967). No deja de ser significativa la visita del poeta y filólogo español Dámaso Alonso, el mejor representante de la estilística hispánica, invitado por la Universidad de Costa Rica en setiembre de 1965.

## CAPÍTULO IV

entusiasmo excesivo por los alcances estéticos del material examinado. No obstante sus limitados alcances, tal fue la muestra más visible del trasvase epistemológico de la crítica literario de esos años en el medio nacional.

Sin hubiese que tomarse como un coto cerrado o endogámico, es palpable que las reseñas, análisis y comentarios de los libros que iban apareciendo de la literatura costarricense del día, comportaban un propósito de difusión; es decir, editorial y librero. *Brecha* no abjuró del periodismo cultural, si bien no se limitó a ello, como hemos tratado de demostrar aquí. De esa promoción, a su vez, se pueden inferir dos objetivos: presentar a las voces nuevas y fortalecer —con nuevos títulos o con reediciones— los nombres de los escritores vigentes y consolidados del período. En toda ocasión la sección «Brújula quieta» se dedicó a comentar las novedades editoriales, al mismo tiempo que se refirió a la gestión como productoras de varias casas editoras, estatales o privadas: el departamento de publicaciones del Ministerio de Educación Pública, los talleres de imprenta de la Librería Antonio Lehmann, la editorial Oro y Barro<sup>44</sup> y en particular a la Editorial Costa Rica, a la que le abrió un espacio independiente, financiado por esa institución, para anunciar y promover sus publicaciones, así como noticias sobre su gestión como sello editorial.

• • •

A propósito del cierre de su segundo año de labores, los editores de *Brecha* decían:

Escritores extranjeros han colaborado en nuestra obra con su pensamiento activo y luminoso. Para ellos y para todos, nuestro entusiasta agradecimiento. Al fundar esta publicación fue el propósito que queremos siempre cumplir, de darle cabida principalmente en nuestras páginas a los escritores nacionales, y a aquellos hombres de pensamiento que siendo extranjeros, conviven con nosotros [...]. Sin nacionalismos de ninguna naturaleza, porque los repudiamos desde el fondo de nuestra alma, esta revista cumplirá su promesa de que en sus páginas dejen huella permanente los poetas, los ensayistas, los novelistas, todos los hombres de pensamiento costarricense y todos los escritores y artistas extranjeros que conviven con nosotros<sup>45</sup>.

---

<sup>44</sup> En la primera etapa, su propietario y director, Antidio Cabal, la denominó *Colección Oro y Barro*.

<sup>45</sup> «El último número del segundo año de labores», *Brecha* II, 12 (agosto 1958): 1.

## CAPÍTULO IV

Hoy día podríamos tomar esa convivencia en un sentido alegórico. A tiempo comprendieron los editores que la crítica literaria no tiene, en rigor, nacionalidad, y que la que se podría fomentar en las páginas de *Brecha*, sobre las letras costarricenses, no podría prescindir de la que se hacía fuera nuestras fronteras geográficas, también históricas. No se podría hablar de una crítica literaria *nacional* sin considerar las grandes corrientes y tendencias del exterior y, sobre todo, las interrelaciones del pensamiento sobre la producción cultural. Entraron en juego, según hemos creído mostrar aquí, tres proyectos simultáneos: (i) continuar la labor del periodismo cultural que tenían en marcha otros periódicos culturales (principalmente *Repertorio Americano*); (ii) estimular y propiciar un espacio a las voces vigentes y a las nuevas de la literatura costarricense; es decir, la contemporánea; (iii) promover vínculos de reciprocidad con el mercado librero y editorial costarricense. Para ello, hubo consciencia de que en sentido estricto la literatura y la crítica sobre ella son consustanciales; mejor dicho, ninguna puede subsistir por cuenta propia. No hay literatura si no hay crítica literaria, se ha dicho innumerables veces. Para ello, los editores emprendieron la tarea de internacionalizar sus páginas y, con ello mismo, a darles sentido propio al conocimiento, el análisis y la interpretación del patrimonio propio; es decir, localizarlo, emplazar el conocimiento de la realidad cultural costarricenses no como un coto cerrado y aislado, sino todo lo contrario: como un lugar de encuentros, como una zona de diálogos.

*Los Lagos, a 23 de agosto de 2024*

© 2024, CFM